

le tendía, aquella vanidad de tomarle por primo le sacaba de quicio. Por otra parte no se hallaba libre de inquietud; conocía al personaje y le tenía por muy capaz de llevar los papeles a su hermano el ministro, quien con toda seguridad habría pagado para ahogar el escándalo.

—¡Diantre!—murmuró sentándose a su vez.— ¡Vaya una bonita historia! ¿Y no se podría ver al granuja de que se trata?

—Voy a enviarle a buscar—dijo Larssonneau.—Vive aquí al lado, calle de Juan Lantier.

Apenas habían transcurrido diez minutos, cuando un jovencuelo, bizzo, de pálidos cabellos y con el rostro lleno de manchas rojizas, entró muy despacito, procurando evitar que la puerta hiciese ruido. Vestía una miserable levita negra demasiado grande y en extremo raída. Mantúvose en pie, a respetuosa distancia, mirando a Saccard con el rabillo del ojo y con toda serenidad. Larssonneau, que le llamaba Bautistín, le hizo sufrir un interrogatorio, al que contestaba por monosílabos, sin turbarse lo más mínimo; y recibía con la mayor indiferencia los epítetos de ladrón, estafa, bandido, con que su principal, creía deber acompañar todas y cada una de sus preguntas.

Saccard se admiró de la sangre fría de aquel desdichado. Hubo un instante en que el agente de expropiaciones se lanzó del sillón como para abofetearle, mas él se satisfizo con retroceder un paso y bizquear con más humildad aún.

—Está bien, déjele usted—dijo el banquero.—Conque, es decir, caballero, ¿que usted pide cien mil francos para devolver los papeles?

—Sí, cien mil francos—contestó el joven.

Y se fué. Larssonneau parecía no poder serenarse.

—¡Oh! ¡qué desenfreno!—balbuceó.—¿Ha reparado usted en aquel mirar atravesado?... Esos

tunantes le miran a usted con timidez y son capaces de asesinar a un hombre por veinte francos.

Pero Saccard le interrumpió diciendo:

—¡Bah! no es terrible. Estoy en que podremos arreglarnos con él... Yo venía para hablar de un asunto que causa mayor inquietud... Tenía usted razón al desconfiar de mi mujer, caro amigo. Figúrese usted que trata de vender su parte al señor Haffner. Necesita dinero, según dice. Su amiga Susana es la que la ha debido impulsar.

El otro dejó repentinamente de desesperarse; escuchaba un tanto pálido, poniendo en su lugar el tieso cuello de la camisa, que se le había vuelto a impulso de su cólera.

—Esta cesión—continuó Saccard,—es la ruina de nuestras esperanzas. Si el señor Haffner llega a ser nuestro consocio, no tan sólo nuestros beneficios se encuentran amenazados, sino que me asalta el temor de que nos hallamos en situación desagradabilísima para con ese hombre meticoloso que querrá examinar las cuentas al dedillo.

El agente de expropiaciones se puso a andar con paso agitado, haciendo crujir sobre la alfombra sus charoladas botinas.

—¡Ahí tiene usted—masculló,—en qué situación se coloca uno por prestar servicios a las personas!... Pero, amigo mío, yo en lugar de usted, impediría en absoluto a mi mujer que hiciese tamaña tontería... Primero le calentaría las costillas.

—¡Ah, amigo mío!...—contestó el banquero con astuta sonrisa.—No cuento con más acción sobre mi mujer que con la que usted parece contar sobre ese canalla de Bautistín.

Larssonneau se detuvo en seco delante de Saccard, quien seguía sonriendo, y le miró con la mayor fijeza. Luego prosiguió andando de una parte a otra, pero con paso lento y mesurado. Aproximóse a un espejo, subió el nudo de la cor-

bata, y volvió a andar, recuperando su elegancia. Súbitamente:

—¡Bautistín!—gritó.

El jovencillo bisojo volvió a entrar, pero por otra puerta. Ya no llevaba sombrero y daba vuelta a una pluma entre los dedos.

—Ve en busca del registro—le dijo Larsonneau.

Y cuando se hubo alejado, discutió la suma que se le había de dar.

—Hágalo usted por mí—concluyó por decir sin rodeos.

Entonces Saccard consintió en ceder treinta mil francos sobre los futuros beneficios del negocio de Charonne. Tenía para sí que escapaba aún con ventaja de la enguantada mano del usurero. Este hizo suscribir el pagaré a su nombre continuando la comedia hasta el fin, asegurando que de los treinta mil francos daría cuenta y razón al joven. Saccard, con risas de satisfacción y de alivio, quemó el registro hoja por hoja, a la llama de la chimenea. Una vez terminada esta operación, cambió vigorosos apretones de manos con Larsonneau, y se despidió diciéndole:

—Esta noche irá usted a casa de Laura, ¿verdad?... Espéreme usted. Ya lo habré arreglado todo con mi mujer, y tomaremos nuestras últimas disposiciones.

Laura de Aurigny, que se mudaba a cada triquitraque, habitaba entonces un gran cuarto del boulevard Haussmann, frontero a la capilla expiatoria. Acababa de fijar un día a la semana, como las damas de la verdadera aristocracia. Esto constituía el medio de reunir a la vez a los hombres que la veían, uno por uno, durante la semana. Aristides Saccard triunfaba los martes por la noche; era el amante oficial, y volvía la cabeza, con vaga sonrisa, cuando el ama de la casa le traicionaba entre dos puertas, concediendo una cita

para aquella misma noche a alguno de aquellos caballeros. Cuando se quedaba el último de la compañía, encendía otro cigarro, hablaba de negocios, riéndose un instante a costa del caballero que se constipaba en la calle en espera de que él saliera; luego, después de haber llamado a Laura su "querida niña" y de darle un golpecito en la mejilla, se iba con toda tranquilidad por una puerta, mientras que el caballero entraba por otra. El tratado secreto de alianza que había consolidado el crédito de Saccard y conseguido que la de Aurigny obtuviese dos mobiliarios en un mes, continuaba divirtiéndoles. Pero Laura aspiraba al desenlace de aquella comedia. Aquel desenlace, convenido de antemano, debía consistir en un rompimiento público, en provecho de algún mentecato que pagaría caro el derecho de ser el mantenedor formal y conocido en París. El mentecato había sido ya encontrado. El duque de Rozán, hastiado de molestar inútilmente a las mujeres de su jerarquía, soñaba en una reputación de crapuloso para dar relieve a la insulsez de su persona. Era de los más asiduos a los martes de Laura, cuya conquista había hecho por su candidez absoluta. Por desgracia, a los treinta y cinco años se encontraba todavía bajo la dependencia de su madre, en tal medida que no podía disponer a lo sumo que de una decena de luises a la vez. Las noches en que Laura se dignaba tomarle los diez luises, poniendo el grito en el cielo y hablando de los cien mil francos que necesitaba, nuestro duque suspiraba y le prometía aquella cantidad para el día en que él fuese dueño. Entonces fué cuando a Laura se le ocurrió la idea de hacerle contraer amistad con Larsonneau, uno de los buenos amigos de la casa. Ambos señores se fueron a almorzar juntos a casa de Tortoní; y, a los postres, Larsonneau, refiriendo sus amores con una deliciosísima española,

dió a entender que conocía a varios prestamistas; pero aconsejó a Rozán que no cayese nunca en sus garras. Aquella confianza trastornó el juicio al duque, quien acabó por arrancar a su buen amigo la promesa de ocuparse de su "asuntillo". Y tan bien se ocupó, que debía llevarle el dinero la misma noche en que Saccard le había dado cita en casa de Laura.

Cuando llegó Larsonneau, no había aún en el salón de la de Aurigny, sino cinco o seis mujeres, que le tomaron las manos y se le echaron al cuello con verdadero furor de ternura. Llamábanle "el gran Lar", cariñoso diminutivo que Laura había inventado. Y él, con aflautada voz le decía:

—¡Eh, eh! gatitas mías; vais a aplastarme el sombrero.

Sosegadas ya, le rodearon estrechamente en la butaca en que se había sentado, en tanto que les contaba una indigestión de Silvia, con la que había cenado la noche anterior. Luego, sacando una cajita de uno de sus bolsillos, les fué ofreciendo confites. Pero Laura salió de su alcoba, y como llegasen muchos señores, arrastró a Larsonneau a un gabinete situado en uno de los extremos del salón, del que les separaba una doble antepuerta.

—¿Tienes el dinero?—le preguntó en cuanto estuvieron solos.

Le tuteaba en las señaladas circunstancias. Larsonneau, sin contestar, se inclinó con galantería, dando golpecitos en el bolsillo interior de su levita.

—¡Oh! ¡este gran Lar!—murmuró la joven embelesada. Cogióle por la cintura y le besó.

—Espera—le dijo,—quiero en seguida los conquis... Rozan está en mi habitación: voy en su busca.

Mas él la contuvo, y besándola a su vez en los hombros, la dijo:

—¿Tienes presente la comisión que te he pedido?

—¡Eh! pues es claro, gran borrico, queda estipulada.

Dió la vuelta trayendo a Rozán. Larsonneau estaba trajeado con más corrección que el duque, mejor enguantado y con la corbata puesta con mayor arte. Diéronse negligentemente la mano y hablaron de las corridas de la antevíspera, en la cual uno de sus amigos había resultado con un caballo vencido. Laura pateaba impaciente.

—Bueno, eso no nos va ni nos viene, querido amigo—dijo a Rozán;—el gran Lar tiene el dinero, ya lo sabes. Convendría terminar.

Larsonneau hizo como que se acordaba.

—¡Ah! sí, es verdad, tengo la suma... Pero ¡qué santamente habría usted hecho si me hubiese escuchado, mi buen amigo! ¡Pues no han tenido el descaro esos granujas de pedirme el cincuenta por ciento!... A pesar de todo he aceptado; usted me tenía dicho que nada le importaba...

Laura de Aurigny se había provisto de papel timbrado durante el día. Pero cuando se trató de pluma y tintero, miró a ambos señores consternada, en la duda de encontrar en su casa tales objetos. Se disponía a ir a ver a la cocina, cuando Larsonneau sacó del bolsillo en que se hallaba la cajita de confites, dos verdaderas maravillas, un portaplumas de plata que se alargaba mediante un tornillo, y un tintero, de acero y ébano, tan delicado que parecía una joya. Al sentarse Rozán, le dijo:

—Extienda usted los pagarés a mi nombre. Como usted comprenderá, no he querido comprometerle. Ya nos arreglaremos nosotros... Seis

pagarés de veinticinco mil francos, ¿no es eso?

Laura contaba a un lado de la mesa los "conquibus". Rozán ni siquiera los vió. Así que hubo firmado y levantado la cabeza, ya habían desaparecido en el bolsillo de la joven; pero se acercó a él y le besó en ambas mejillas, lo que pareció elevarle al quinto cielo. Larsonneau los miraba con toda filosofía, doblando los pagarés y volviendo a guardar el tintero y portaplumas en el bolsillo.

Aun se hallaba la joven pendiente del cuello de Rozán, cuando Aristides Saccard levantó un lado de la antepuerta.

—Nada, nada, no hay que molestarse — dijo riendo.

El duque se puso colorado hasta las orejas, Laura se dirigió a estrechar la mano del banquero, cambiando con él una mirada de inteligencia. Ella estaba radiante de gozo.

—La cosa está hecha — le dijo, — ya se lo tenía prevenido a usted. No me guarda usted demasiado rencor, ¿verdad?

Saccard se encogió de hombros a lo campechano. Apartó la antepuerta y hurtando el cuerpo para dar paso a Laura y al duque, gritó con la voz chillona del ujier:

—¡El señor duque, la señora duquesa!

Aquella broma obtuvo un éxito loco. Al día siguiente la refirieron los periódicos, nombrando con todas sus letras a Laura de Aurigny, y designando a los dos hombres con iniciales muy transparentes. La ruptura de Aristides Saccard con la gruesa Laura produjo más ruido aun que sus supuestos amores.

En esto Saccard había dejado caer el cortinón ante el estallido de alegría que su broma había producido en el salón.

—¡Eh! ¡es de perlas esa muchacha! — dijo volviéndose a Larsonneau. — ¡Es de lo más liber-

tino!... Usted es, grandísimo pícaro, quien debe salir ganancioso con todo este belén. ¿Qué es lo que le dan a usted?

Maş él se defendía con sus sonrisitas, estirando los puños de la camisa, que se le subían. Fué por último a sentarse, junto a la puerta, en un confidente, a donde Saccard le llamaba con un ademán.

—Venga usted aquí; no es que quiera confesar a usted ¡qué demontre!... Vamos ahora a los asuntos graves, caro amigo. Esta tarde he tenido una larga conversación con mi mujer... Todo queda convenido.

—¿Consiente en ceder su parte? — preguntó Larsonneau.

—Sí, pero no ha costado poco trabajo... ¡Las mujeres son tan testarudas!... Ya sabe usted; la mía había prometido a una vieja tía que no llegaría a vender... escrúpulos de nunca acabar... Felizmente yo tenía preparada una historia que no podía ser más decisiva.

Levantóse para encender un cigarro en el candelabro que Laura había dejado sobre la mesa, y volvió a repantigarse en el fondo del confidente.

—He dicho a mi mujer — prosiguió, — que estaba usted completamente arruinado... que ha jugado usted a la Bolsa, que ha disipado usted su dinero con muchachas, que se ha enfrascado usted en descabelladas especulaciones; en fin, que está usted a pique de hacer una quiebra espantosa... Hasta he dado a entender que no le tengo a usted por hombre de intachable moralidad... Entonces le he explicado que el negocio de Charonne iba a naufragar en el desastre de usted, y que lo mejor sería aceptar la proposición que usted me había hecho de redimirla, comprándole su parte por un pedazo de pan, como es cierto.

—Eso carece de consistencia — murmuró el

agente de expropiaciones. —¿Y se figura usted que su mujer va a dar crédito a tales patrañas?

Saccard se echó a reír: se encontraba en un instante de verdadera expansión.

—Es usted muy cándido, querido amigo—repuso.—El fondo del cuento no va ni viene: lo que importa son los detalles, el gesto, las inflexiones de la voz. Mi mujer apenas tiene mejor cabeza que Rozán... La he dejado entrever verdaderos abismos. Ni siquiera sospecha la próxima expropiación. Como se admirase de que en plena catástrofe, pensase usted en echarse encima una carga más pesada aún, yo le he dicho que sin duda le estorbaba a usted para la realización de alguna mala pasada para con sus acreedores... En fin, le he aconsejado el negocio como único medio de que no se encuentre envuelta en pleitos interminables y de sacar algún dinero de los terrenos.

A Larsonneau continuaba pareciéndole la historia un tanto burda. Los métodos empleados por él eran menos dramáticos; todas y cada una de sus operaciones se ataban y desataban con elegancias de comedia de salón.

—A mí se me habría ocurrido otra cosa—dijo.—Pero, en fin, cada cual se entiende... No nos queda, pues, más que pagar.

—Acerca de este asunto—contestó Saccard,—quiero entenderme con usted... Mañana llevaré a mi mujer la escritura de cesión, y ella no tendrá que hacer sino devolvérsela a usted para cobrar el precio convenido... Prefiero evitar toda entrevista.

Jamás había querido, en efecto, que Larsonneau entrase en su casa en el concepto de intimidad. No le invitaba, le acompañaba a las habitaciones de Renata, cuando era absolutamente indispensable que ambos asociados se vieran, y esto, a todo tirar, había sucedido tres veces. Casi

siempre trataba con poderes de su mujer, pensando para su capote que no había para qué dejarle ver sus asuntos de demasiado cerca.

Abrió su cartera y agregó:

—He aquí los doscientos mil francos suscritos por mi mujer; usted se los dará en pago, y usted añadirá cien mil francos que le llevaré a usted mañana por la mañana... Me sangro, amigo mío. Este asunto me cuesta los ojos de la cara.

—Pero—hizo observar el agente de expropiaciones,—todo esto no va a componer más que trescientos mil francos. ¿Acaso el recibo será de esta cantidad?

—¡Un recibo de trescientos mil francos!—repuso Saccard riendo.—¡Aviados quedaríamos para después! Es indispensable, con arreglo a nuestros inventarios, que la propiedad sea justipreciada hoy en dos millones quinientos mil francos. El recibo, naturalmente, será de la mitad.

—Su mujer de usted no lo querrá firmar nunca.

—Sí, por cierto. Le digo a usted que todo está convenido... ¡Pardiez! le he dicho que ésta era la primera condición de usted. La quiebra de usted nos amenaza como con una pistola a la garganta, ¿comprende usted? Y por esto es por lo que he parecido dudar de la honradez de usted y que le he acusado de querer engañar a sus acreedores... ¿Por ventura mi mujer entiende jota de todo esto?

Larsonneau movía la cabeza, mascullando:

—No importa: debería usted haber echado mano de algo más sencillo.

—¡Pero si mi historia es la misma sencillez!—dijo Saccard en el colmo de la admiración.—¿En dónde demonios quiere usted que se complique?

Saccard no se daba cuenta del increíble número de hilos que agregaba al negocio más sencillo. Saboreaba con verdadera delicia aquel cuento inverosímil que acababa de referir a Renata; y lo que más le entusiasmaba era la impudencia de la mentira, la acumulación de imposibilidades, la admirable complicación de la intriga. Mucho tiempo hacía que hubiera poseído los terrenos, a no haber imaginado todo aquel drama; pero su goce habría sido menor si los hubiese obtenido con facilidad. Por lo demás, empleaba la mayor candidez al hacer de la especulación de Charonne todo un melodrama mercantil.

Levantóse, y tomando el brazo de Larsonneau, que se dirigía al salón, le dijo:

—Me ha comprendido usted bien, ¿no es eso? Conténtese usted con seguir mis instrucciones y me aplaudirá usted más adelante... Hace usted mal, querido amigo, en llevar guantes amarillos; eso es lo que le echa a usted a perder la mano.

El agente de expropiaciones se limitó a sonreír, diciendo por lo bajo:

—¡Oh! mi querido maestro; los guantes tienen de bueno el poder tocarlo todo sin mancharse.

Al volver al salón, Saccard se vió sorprendido y de súbito algo inquieto, al ver a Máximo al otro lado de la antepuerta. El joven se hallaba sentado en un confidente, al lado de una dama rubia, que le contaba con monótona voz una larga historia, la suya sin duda. Había, en efecto, oído la conversación de su padre y de Larsonneau. Ambos cómplices le parecían pájaros de cuenta. Exasperado aun por la traición de Renata, saboreó una cobarde alegría al enterarse del despojo de que iba a ser víctima. Aquello le vengaba un tanto. Su padre se acercó a estrecharle la mano con ademán de sospecha;

pero Máximo le dijo al oído, mostrándole a la dama rubia:

—No es maleja, ¿verdad? Voy a “trabajarla” para esta noche.

Entonces Saccard se contoneó y apareció galante. Laura de Aurigny fué a unirse a ellos un instante; quejábbase de que Máximo apenas la visitaba una vez al mes; mas él salió con que estaba la mar de ocupado, lo que hizo reír a todos. Añadía que en lo sucesivo a nadie se vería allí más que a él.

—He escrito una tragedia — dijo, — y hasta ayer no he podido dar cima al quinto acto... Ahora cuento con poder descansar en casa de todas las hermosas mujeres de París.

Reíase y se regocijaba con sus alusiones, que él tan sólo podía comprender. Entretanto ya no quedaban en el salón, a los dos lados de la chimenea, sino Rozán y Larsonneau. Los Saccard se levantaron al igual que la dama rubia que habitaba en la casa. Entonces la de Aurigny fué a hablar en voz baja al duque, quien parecía sorprendido y contrariado. Viendo que no se decidía a dejar el sillón:

—No, en verdad, esta noche no — le dijo a media voz. — Tengo una jaqueca tan atroz!... Mañana, se lo prometo a usted.

Rozán tuvo que obedecer. Laura esperó a que estuviese en el pasillo, para decir rápidamente a Larsonneau:

—¡Qué tal! soy mujer de palabra... Empújale a su coche.

Cuando la dama rubia se hubo despedido de aquellos señores, para subir a su habitación, que se hallaba en el piso superior, Saccard se quedó maravillado de que Máximo no la siguiese.

—¿Cómo es eso? — le preguntó.

—No, a fe mía — contestó el joven. — He reflexionado...

Luego le asaltó una idea que tuvo por muy peregrina:

—Te cedo mi lugar, si así lo quieres. Date prisa, pues aun no ha cerrado la puerta.

Peró el padre se encogió tranquilamente de hombros, diciendo:

—Gracias, por el pronto tengo algo mejor que eso, niño mío.

Los cuatro hombres bajaron. En la calle el duque quiso de todos modos que Larsonneau subiese a su coche; su madre vivía en el Marais y habría dejado al agente de expropiaciones a la puerta de su casa, calle de Rivoli. Este se negó, cerró por sí mismo la portezuela y dió orden al cochero de partir. Y se quedó en la acera del bulevar Hausmann con los otros dos, hablando y sin alejarse.

—¡Ah! ¡ese pobre Rozán! — dijo Saccard, quien comprendió al momento.

Larsonneau juró y perjuró que no, que le tenía sin cuidado todo aquello y que era lo que se llama un hombre práctico. Y como los otros dos continuasen la chacota y el frío arreciase que era una bendición, concluyó por exclamar:

—Tanto peor, como hay Dios, ¡voy a llamar!... Son ustedes unos indiscretos, señores míos.

—Buenas noches — le gritó Máximo, cuando la puerta se volvió a cerrar.

Y tomandó el brazo de su padre, subió con él el bulevar. Hacía una de aquellas claras noches de helada, en que tan cómodo resultaba andar sobre la dura tierra, y en el ambiente glacial. Saccard decía que Larsonneau se equivocaba, pues no se debía ser más que amigo de la de Aurigny. De aquí sacó la consecuencia de que el amor de esas muchachas era a todas luces peligroso. Mostrábase moral en alto grado, y se

descolgaba con sentencias y con admirables consejos de sabiduría.

—Has de saber — decía a su hijo, — que esas cosas tienen su época. Se da al traste con la salud y no se disfruta de la verdadera felicidad. Tú ya sabes que no soy ningún cualquiera; sin embargo, hasta aquí he llegado, y toco la retirada.

Máximo se reía burlonamente; detuvo a su padre, y contemplándole a la claridad de la luna, le salió con que tenía "una buena cabeza". Pero Saccard se puso todavía más serio.

—Bromea cuanto quieras. Te repito que nada hay como el matrimonio para conservar a un hombre y hacerle feliz.

Entonces le habló de Luisa. Y se puso a andar más despacio, para terminar aquel asunto — decía, — ya que de ello hablaban. La cosa estaba por completo ajustada; hasta le participó que entre él y el señor de Mareuil habían fijado la fecha de la firma del contrato para el domingo que seguirían al jueves de mediada la cuaresma. En aquel jueves habría de celebrarse una gran velada en el hotel del parque Monceaux, y se aprovecharía de él para anunciar públicamente el casamiento. Máximo lo encontró todo a pedir de boca. Se había desligado de Renata, no veía ningún obstáculo y se entregaba a su padre como se habría entregado a su madrastra.

—Corriente, queda convenido — dijo. — Deseo, no obstante, que no hables de ello a Renata. Sus amigas se burlarían de mí, me darían matraca, y prefiero que se enteren del asunto al propio tiempo que todo el mundo.

Saccard prometió que guardaría silencio. Acto seguido, y conforme iban llegando a lo alto del bulevar Maiesherbes, salióle de nuevo con multitud de excelentes consejos, indicándole como se

las habría de componer para hacer de su casa un paraíso.

—Sobre todo, no rompas nunca con tu mujer. Es una necedad monumental. Una mujer propia con la cual no se está en relaciones, te cuesta los ojos de la cara... Empieza con que entonces hay que sostener alguna querida, ¿no es eso? Luego el gasto de la casa es mucho más crecido; aquí de los trajes, de los tocados, de los placeres particulares de madama, las buenas amigas, los diablitos coronados y su tren.

Sentiase en unos momentos de extraordinaria virtud. El buen éxito de su asunto de Charonne llevábale al corazón ternuras de idilio.

—Yo—prosiguió,—había nacido para vivir feliz e ignorado en el fondo de una aldea, con toda mi familia alrededor... A mí no se me conoce, niño mío. Aparento una cosa y en el fondo soy otra. Me perecería por vivir junto a mi mujer, dejaría de la mejor gana todos mis negocios por una renta modesta que me permitiese retirarme a Plassans... Vas a ser rico, créate con Luisa un hogar que viváis como dos torbellinos. ¡Hay nada más seductor!... Iré a veros y me sentiré feliz.

Y concluía por hacer que le ahogaran las lágrimas. En esto habían llegado a la verja del hotel y continuaban hablando en pie, al borde de la acera. En aquellas alturas de París soplaban un cierzo regular. En la palidez de la noche, blanqueada más aun por la helada, no se percibía el menor ruido. Máximo, sorprendido por los gimeos de su padre, tenía desde hacía un instante, una pregunta en los labios.

—Pero tú—dijo al fin,—me parece...

—¿Qué?

—Con tu mujer...

Saccard se encogió de hombros.

—¡Eh! tienes mucha razón. Yo era un mentecato. Por eso es por lo que te hablo cargado de

experiencia... Pero nos hemos vuelto a reunir ¡oh! por completo; pronto cumplirán seis semanas. Por la noche voy a estarme con ella, cuando no me recojo sobrado tarde. Hoy la pobre cordera se pasará sin mí; tengo que trabajar hasta el amanecer. ¡Está tan divinamente formada!

Al tenderle Máximo la mano, le contuvo y agregó, en voz más queda y en tono confidencial:

—Tú ya conoces el talle de Blanca Muller; pues bien, es el mismo, pero diez veces más flexible. ¡Y las caderas! ¡qué contornos, qué delicadeza!...

Y concluyó, diciendo al joven, que se iba:

—Tú te pareces a mí, tienes corazón, tu mujer será dichosa... ¡Hasta la vista, niño mío!

Cuando Máximo se hubo por fin desembarazado de su padre, dió rápidamente la vuelta al parque. Lo que acababa de oír le sorprendía hasta tal punto, que le asaltaba un vivo afán de ver a Renata. Quería pedirle perdón por su brutalidad, saber por qué había mentido hablándole del señor de Saffré, y enterarse de la historia de las ternezas de su marido. Mas todo esto por modo confuso, con el único deseo positivo de fumarse en su cuarto un cigarro y de reanudar sus amistades. Si la encontraba en buena disposición, hasta pensaba anunciarle su casamiento, para darle a entender que sus amores debían de permanecer muertos y enterrados. Cuando hubo abierto el postigo, del que por fortuna había guardado la llave, concluyó por decirse que su visita, después de la confianza de su padre, era necesaria y de todo punto conveniente.

En la estufa silbó como en la noche anterior; mas no tuvo que esperar. Renata fué a abrirle la puerta ventana del saloncito y subió delante de él sin hablar. Apenas acababa de volver de un baile del Ayuntamiento; hallábase aún vestida con un traje blanco de tul abullonado, sembrado de lazos de raso; los faldones del corpiño,



también de raso, se veían guarnecidos con ancha blonda de azabache blanco, que la luz de los candelabros jaspeaba de azul y rosa. Cuando Máximo la miró, ya arriba, le conmovió su palidez y la emoción profunda que no la dejaba hablar. No debía de esperarle, por lo que púsose a temblar al verle llegar como de costumbre, con toda tranquilidad y con su porte zalamero. Celeste volvió del guardarropa, a donde había ido por una camisa de dormir, y los amantes continuaron guardando silencio, en espera de que aquella joven se fuera de allí. Por regla general no se reprimían delante de ella; mas asaltábanles ciertos pudores por todo cuanto tenían que decirse y que les asomaba a los labios. Renata quiso que Celeste la desnudase en la alcoba, en donde ardía un gran fuego. La doncella quitaba los alfileres y la despojaba de todas las piezas, una a una, sin darse la mayor prisa. Y Máximo, contrariado, tomó maquinalmente la camisa y la ponía a calentar a la llama, inclinado y con los brazos extendidos. El era quien, en los días felices, prestaba aquel pequeño servicio a Renata. Sintióse muy conmovida, al verle en aquella ocasión acercarse con toda delicadeza la camisa al fuego. Después, como Celeste no concluía:

—¿Te has divertido mucho en ese baile?—le preguntó.

—¡Oh! no, por cierto; ya lo sabes, siempre es lo mismo. Demasiada gente, una verdadera barahunda.

Máximo dió vuelta a la camisa, por encontrarse ya caliente por un lado.

—¿Cómo iba vestida Adelina?

—Llevaba un traje color de malva, bastante mal adaptado... Es pequeñuela, y tiene furor por los volantes.

Hablaron de otras mujeres. Entonces Máximo se quemaba ya los dedos con la camisa.

—Pero la vas a quemar—dijo Renata, con cariñoso acento maternal.

Celeste tomó la camisa de manos del joven. Este se levantó, fué a contemplar el gran lecho gris y rosa, detuvo la vista en uno de los ramos brocados de la tapicería, todo para no volver la cabeza y no ver el desnudo seno de Renata. Era aquello instintivo; ya no se tenía por su amante, ya no le asistía el derecho de ver. Luego sacó un cigarro del bolsillo y lo encendió; Renata le había permitido que fumase en su cuarto. Por último, se retiró Celeste, dejando a la joven junto al fuego, resplandeciente de blancura en su vestido de noche.

Máximo continuó andando unos instantes sin hablar palabra, mirando de soslayo a Renata, quien parecía volver a ser pasto de estremecimientos. Y, plantándose delante de la chimenea y con el cigarro aun entre los dientes, le preguntó con brusco acento:

—¿Por qué no me dijiste que era mi padre quien se encontraba contigo ayer noche?

Renata alzó la cabeza, con los ojos del todo abiertos y con mirada de indecible angustia; después una oleada de sangre le coloreó el rostro, y, anonadada de vergüenza, lo ocultó entre las manos y balbuceó:

—¿Sabes eso? ¿sabes eso?

Se repuso y trató de mentir.

—Eso no es verdad... ¿Quién te lo ha dicho?

Máximo se encogió de hombros.

—¡Pardiez! pues mi padre mismo, quien te encuentra divinamente formada y quien me ha hablado de tus caderas.

Había dejado adivinar un ligero movimiento de despecho. Pero se puso nuevamente a andar y continuó con voz de reprensión amistosa, entre dos bocanadas de humo:

—En realidad, que no te comprendo; eres una

mujer especial. Ayer, si estuve grosero, culpa fué tuya. Si me hubieses dicho que era mi padre, me habría ido con toda tranquilidad, ¿comprendes? No tengo ningún derecho... ¡Pero se te ocurre nombrarme al señor de Saffré!

Renata sollozaba con las manos en el rostro. Máximo se acercó, arrodillóse ante ella y le apartó las manos a la fuerza.

—Vamos, dime por qué me nombraste al señor de Saffré.

Entonces, volviendo aún más la cabeza, contestó en medio de sus lágrimas y en voz queda:

—Creí que me abandonarías, si llegabas a saber que tu padre...

Máximo se levantó, tomó el cigarro que había dejado en un extremo de la chimenea y se contentó con mascullar:

—¡Bah! no eres poco graciosa.

La joven ya no lloraba: las llamas de la chimenea y el fuego de sus mejillas le enjugaban las lágrimas. La admiración que le causaba el ver a Máximo tan tranquilo ante una revelación que creía le habría de anonadar, haciale olvidar su oprobio. Veíale andar y le oía hablar cual si soñara. Sin dejar el cigarro, Máximo le decía que no era razonable, que era natural que tuviese relaciones con su marido y que ni remotamente podía pensar en tomarlo por la tremenda. ¡Pero echar a volar el nombre de un amante, no siendo verdad!... Y volvía siempre a lo mismo, a aquella cosa que no podía comprender y que, a todas luces, le parecía monstruosa; acabó extendiéndose sobre "las locas imaginaciones" de las mujeres.

—Estás algo tocada, querida amiga; hay que cuidar eso.

Y acabó por preguntar con curiosidad:

—¿Y por qué el señor de Saffré y no cualquier otro?

—Porque anda enamorándose — dijo Renata.

Máximo reprimió una salida de tono; iba a decir que sin duda se había tenido por un mes más vieja, confesando que el señor Saffré era su amante; mas tan sólo expresó la maligna sonrisa de aquella ruindad, y, arrojando el cigarro al fuego, fué a sentarse al otro lado de la chimenea. Una vez allí, habló muy puesto en razón, dando a entender a Renata que deberían continuar siendo buenos amigos. Sin embargo, la mirada fija de la joven le turbaba un tanto, por lo que no se atrevió a anunciarle su casamiento. La joven no apartaba de él la vista, con los ojos todavía hinchados por las lágrimas; parecía pobre, mezquino, despreciable, y le amaba siempre con aquel cariño que sentía por sus encajes. Ofrecíasele hermoso a la luz del candelabro colocado al borde de la chimenea, al lado suyo; cuando echaba atrás la cabeza, la luz de las bujías le doraba los cabellos y se deslizaba por el rostro, por el ligero vello de las mejillas, comunicándole rubicundeces encantadoras.

—Es preciso, no obstante, que me vaya—dijo varias veces.

Estaba muy determinado a no quedarse. Por lo demás, Renata no lo habría querido, puesto que ambos pensaban y decían que ya no eran más que dos amigos. Y cuando Máximo hubo, por último, estrechado la mano de la joven y que estuvo a punto de dejar la habitación, Renata le detuvo un instante aún, hablándole de su padre; hacía de él grandes elogios.

—Ya tú ves, sentía grandes remordimientos. Prefiero que esto haya sucedido... Tú no conoces a tu padre; me he hecho cruces al verle tan bueno, tan desinteresado. ¡Son tantas las inquietudes que el pobre señor tiene en estos instantes!...

Máximo se miraba las puntas de las botas, sin contestar y con ademán embarazoso. Ella insistía: